

# LA PESTE

ALBERT CAMUS

# LA PESTE

Traducción de Rosa Chacel



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *La Peste*

Traducción de Rosa Chacel

Diseño de la sobrecubierta: Pepe Far

Primera edición: marzo de 2005  
Primera reimpresión: enero de 2010

© 1947, Editions Gallimard  
© de la presente edición: Edhasa, 1977, 1983, 2005,  
Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)  
<http://www.edhasa.es>

ISBN: 978-84-350-0934-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B-1.062-2010

Impreso en España

*Tan razonable como representar  
una prisión de cierto género por otra diferente  
es representar algo que existe realmente  
por algo que no existe.*

DANIEL DEFOE

I

Los curiosos acontecimientos que constituyen el tema de esta crónica se produjeron en el año 194... en Orán. Para la mayoría resultaron enteramente fuera de lugar y se salían un poco de lo cotidiano. A primera vista Orán es, en efecto, una ciudad como cualquier otra, una prefectura francesa en la costa argelina y nada más.

La ciudad, en sí misma, hay que confesarlo, es fea. Su aspecto es tranquilo y se necesita cierto tiempo para percibir lo que la hace diferente de las otras ciudades comerciales de cualquier latitud. ¿Cómo sugerir, por ejemplo, una ciudad sin palomas, sin árboles y sin jardines, donde no puede haber aleteos ni susurros de hojas, un lugar neutro, en una palabra? El cambio de las estaciones sólo se puede notar en el cielo. La primavera se anuncia únicamente por la calidad del aire o por los cestos de flores que traen a vender los muchachos de los alrededores; una primavera que venden en los mercados. Durante el verano el sol abrasa las casas reseca y cubre los muros con una ceniza gris; se llega a no poder vivir más que a la sombra de las persianas cerradas. En otoño, en cambio, es un diluvio de barro. Los días buenos sólo llegan en el invierno.

El modo más cómodo de conocer una ciudad es averiguar cómo se trabaja en ella, cómo se ama y cómo se muere. En nuestra ciudad, por efecto del clima, todo

ello se hace igual, con el mismo aire frenético y ausente. Es decir, que se aburre uno y se dedica a adquirir hábitos. Nuestros conciudadanos trabajan mucho, pero siempre para enriquecerse. Se interesan sobre todo por el comercio, y se ocupan principalmente, según propia expresión, de hacer negocios. Naturalmente, también les gustan las expansiones simples: las mujeres, el cine y los baños de mar. Pero, muy sensatamente, reservan los placeres para el sábado después de mediodía y el domingo, procurando los otros días de la semana hacer mucho dinero. Por las tardes, cuando dejan sus despachos, se reúnen a una hora fija en los cafés, se pasean por un determinado bulevar o se asoman al balcón. Los deseos de la gente joven son violentos y breves, mientras que los vicios de los mayores no exceden de las franquichelas, los banquetes de camaradería y los círculos donde se juega fuerte al azar de las cartas.

Se dirá, sin duda, que nada de esto es particular de nuestra ciudad y que, en suma, todos nuestros contemporáneos son así. Sin duda, nada es más natural hoy día que ver a las gentes trabajar de la mañana a la noche y en seguida elegir, entre el café, el juego y la charla, el modo de perder el tiempo que les queda por vivir. Pero hay ciudades y países donde las gentes tienen, de cuando en cuando, la sospecha de que existe otra cosa. En general, esto no hace cambiar sus vidas, pero al menos han tenido la sospecha y eso es su ganancia. Orán, por el contrario, es en apariencia una ciudad sin ninguna sospecha, es decir, una ciudad enteramente moderna. Por lo tanto, no es necesario especificar la manera de amar que se estila. Los hombres y mujeres o bien se devoran rápidamente en eso que se llama el acto del amor,

o bien se crean el compromiso de una larga costumbre a dúo. Entre estos dos extremos no hay término medio. Eso tampoco es original. En Orán, como en otras partes, por falta de tiempo y de reflexión, se ve uno obligado a amar sin darse cuenta.

Lo más original en nuestra ciudad es la dificultad que puede uno encontrar para morir. Dificultad, por otra parte, no es la palabra adecuada, sería mejor decir incomodidad. Nunca es agradable estar enfermo, pero hay ciudades y países que nos sostienen en la enfermedad, países en los que, en cierto modo, puede uno confiarse. Un enfermo necesita alrededor blandura, necesita apoyarse en algo; eso es natural. Pero en Orán los extremos del clima, la importancia de los negocios, la insignificancia de lo circundante, la brevedad del crepúsculo y la calidad de los placeres, todo exige buena salud. Un enfermo necesita soledad. Imagínese entonces al que está en trance de morir como cogido en una trampa, rodeado por cientos de paredes crepitantes de calor, en el mismo momento en que toda una población, al teléfono o en los cafés, habla de letras de cambio, de conocimientos, de descuentos. Se comprenderá fácilmente lo que puede haber de incómodo en la muerte, hasta en la muerte moderna, cuando sobreviene así en un lugar seco.

Estas pocas indicaciones dan probablemente una idea suficiente de nuestra ciudad. Por lo demás, no hay por qué exagerar. Lo que es preciso subrayar es el aspecto frívolo de la población y de la vida. Pero se pasan los días fácilmente en cuanto se adquieren hábitos, y puesto que nuestra ciudad favorece justamente los hábitos, puede decirse que todo va bien. Desde este punto



de vista, la vida, en verdad, no es muy apasionante. Pero, al menos aquí no se conoce el desorden. Y nuestra población, franca, simpática y activa, ha provocado siempre en el viajero una razonable estimación. Esta ciudad, sin nada pintoresco, sin vegetación y sin alma acaba por servir de reposo y al fin se adormece uno en ella. Pero es justo añadir que ha sido injertada en un paisaje sin igual, en medio de una meseta desnuda, rodeada de colinas luminosas, ante una bahía de trazo perfecto. Se puede lamentar únicamente que haya sido construida de espaldas a esta bahía y que al salir sea imposible divisar el mar sin ir expresamente a buscarlo.

Siendo así las cosas, se admitirá fácilmente que no hubiese nada que hiciera esperar a nuestros conciudadanos los acontecimientos que se produjeron a principios de aquel año, y que fueron, después lo comprendimos, como los primeros síntomas de la serie de acontecimientos graves que nos hemos propuesto señalar en esta crónica. Estos hechos parecerán a muchos naturales y a otros, por el contrario, inverosímiles. Pero, después de todo, un cronista no puede tener en cuenta esas contradicciones. Su misión es únicamente decir: «Esto pasó», cuando sabe que de hecho pasó, que afectó a todo un pueblo y que, por lo tanto, hay miles de testigos que en el fondo de su corazón sabrán estimar la verdad de lo que dice.

Por lo demás, el narrador, que será conocido a su tiempo, no tendría ningún título que arrogarse en semejante empresa si la muerte no le hubiera llevado a ser depositario de numerosas confidencias y si la fuerza de las cosas no le hubiera mezclado con todo lo que intenta relatar. Esto es lo que le autoriza a hacer trabajo de

historiador. Por supuesto, un historiador, aunque sea un mero aficionado, siempre tiene documentos. El narrador de esta historia tiene los suyos: ante todo, su testimonio, después el de los otros puesto que por el papel que desempeñó tuvo que recoger las confidencias de todos los personajes de esta crónica, e incluso los textos que le cayeron en las manos. El narrador se propone servirse de todo ello cuando le parezca bien y cuando le plazca. Además, se propone... Pero ya es tiempo, quizá, de dejar los comentarios y las precauciones de lenguaje para llegar a la narración misma. El relato de los primeros días exige cierta minuciosidad.

La mañana del 16 de abril, el doctor Bernard Rieux, al salir de su habitación, tropezó con una rata muerta en medio del rellano de la escalera. En el primer momento no hizo más que apartar hacia un lado el animal y bajar sin preocuparse. Pero cuando llegó a la calle, se le ocurrió la idea de que aquella rata no debía quedar allí y volvió sobre sus pasos para advertir al portero. Ante la reacción del viejo Michel, vio más claro lo que su hallazgo tenía de insólito. La presencia de aquella rata muerta le había parecido únicamente extraña, mientras que para el portero constituía un verdadero escándalo. La posición del portero era categórica: en la casa no había ratas. El doctor tuvo que afirmarle que había una en el descansillo del primer piso, aparentemente muerta: la convicción de Michel quedó intacta. En la casa no había ratas; por lo tanto, alguien tenía que haberla traído de afuera. Así, pues, se trataba de una broma.

Aquella misma tarde Bernard Rieux estaba en el pasillo del inmueble, buscando sus llaves antes de subir a su piso, cuando vio surgir del fondo oscuro del corredor una rata de gran tamaño con el pelaje mojado, que andaba torpemente. El animal se detuvo, pareció buscar el equilibrio, echó a correr hacia el doctor, se detuvo otra vez, dio una vuelta sobre sí mismo lanzando un pequeño grito y cayó al fin, echando sangre por el hocico

entreabierto. El doctor lo contempló un momento y subió a su casa.

No era en la rata en lo que pensaba. Aquella sangre arrojada le llevaba de nuevo a su preocupación. Su mujer, enferma desde hacía un año, iba a partir al día siguiente hacia un lugar de montaña. La encontró acostada en su cuarto, como le tenía mandado. Así se preparaba para el esfuerzo del viaje. Le sonrió.

–Me siento muy bien –le dijo.

El doctor miró aquel rostro vuelto hacia él a la luz de la lámpara de cabecera. Para Rieux, esa cara, a pesar de sus treinta años y del sello de la enfermedad, era siempre la de la juventud; a causa, posiblemente, de la sonrisa que disipaba todo el resto.

–Duerme, si puedes –le dijo–. La enfermera vendrá a las once y os llevaré al tren a las doce.

La besó en la frente ligeramente húmeda. La sonrisa le acompañó hasta la puerta.

Al día siguiente, 17 de abril, a las ocho, el portero detuvo al doctor cuando salía, para decirle que algún bromista de mal género había puesto tres ratas muertas en el corredor. Debían de haberlas cogido con trampas muy fuertes, porque estaban llenas de sangre. El portero había permanecido largo rato en la puerta, con las ratas colgando por las patas, a la espera de que los culpables se delatasen con alguna burla. Pero no pasó nada.

–¡Ah!, bribones –decía el viejo Michel–. Ya los pillaré.

Rieux, intrigado, se decidió a comenzar sus visitas por los barrios extremos, donde habitaban sus clientes más pobres. Las basuras se recogían por allí tarde y el auto, a lo largo de las calles rectas y polvorientas de aquel barrio, rozaba las latas de detritos dejadas al borde de

las aceras. En una calle llegó a contar una docena de ratas tiradas sobre los restos de las legumbres y trapos sucios.

Encontró a su primer enfermo en la cama, en una habitación que daba a la calle y que le servía al mismo tiempo de alcoba y de comedor. Era un viejo español de rostro duro y estragado. Tenía junto a él, sobre la colcha, dos cazuelas llenas de garbanzos. En el momento en que llegaba el doctor, el enfermo, medio incorporado en su lecho, se echaba hacia atrás esforzándose en su respiración pedregosa de viejo asmático. Su mujer trajo una palangana.

—Doctor —dijo, mientras le ponían la inyección—, ¿ha visto usted cómo salen?

—Sí —dijo la mujer—, el vecino ha recogido tres.

—Salen muchas, se las ve en todos los basureros, ¡es el hambre!

Rieux comprobó en seguida que todo el barrio hablaba de las ratas. Cuando terminó sus visitas se volvió a casa.

—Arriba hay un telegrama para usted —le dijo el viejo Michel.

El doctor le preguntó si había visto más ratas.

—¡Ah!, no —dijo el portero—, estoy al acecho y esos cochinos no se atreven.

El telegrama anunciaba a Rieux la llegada de su madre al día siguiente. Venía a ocuparse del hogar mientras durase la ausencia de la enferma. Cuando el doctor entró en su casa, la enfermera había llegado ya. Rieux vio a su mujer levantada, en traje de viaje, con colorete en las mejillas. Le sonrió.

—Está bien —le dijo—, muy bien.

Poco después, en la estación, la instaló en el coche-cama. Ella se quedó mirando el compartimiento.

–Todo esto es muy caro para nosotros, ¿no?

–Es necesario –dijo Rieux.

–¿Qué historia es esa de las ratas?

–No sé, es cosa muy curiosa. Ya pasará.

Después le dijo muy apresuradamente que tenía que perdonarle por no haberla cuidado más; la había tenido muy abandonada. Ella movía la cabeza como pidiéndole que se callase, pero él añadió:

–Cuando vuelvas todo saldrá mejor. Tenemos que recomenzar.

–Sí –dijo ella, con los ojos brillantes–, recomenzaremos.

Después se volvió para el otro lado y se puso a mirar por el cristal. En el andén las gentes se apresuraban y se atropellaban. El silbido de la locomotora llegó hasta ellos. La llamó por su nombre y, cuando se volvió, vio que tenía la cara cubierta de lágrimas.

–No –le dijo dulcemente.

Bajo las lágrimas, la sonrisa volvió, un poco crispada. Respiró profundamente.

–Vete, todo saldrá bien.

La apretó contra su pecho y, ya en el andén, del otro lado del cristal, no vio más que su sonrisa.

–Por favor –le dijo–, cuídate mucho.

Pero ella ya no podía oírle.

A la salida, en el mismo andén, Rieux chocó con el señor Othon, el juez de instrucción, que llevaba a su niño de la mano. El doctor le preguntó si se iba de viaje. El señor Othon, largo y negro, semejando en parte a lo que antes se llamaba un hombre de mundo, y en

parte a un sepulturero, respondió con voz amable pero breve:

–Espero a la señora Othon, que ha ido a saludar a mi familia.

La locomotora silbó.

–Las ratas... –dijo el juez.

Rieux hizo un movimiento en la dirección del tren, pero al fin se volvió hacia la salida.

–Sí –respondió–, no es nada.

Todo lo que recordaba de ese instante era un empleado de la estación que pasó llevando un cajón lleno de ratas muertas.

Por la tarde de ese mismo día, al comienzo de la consulta, Rieux recibió a un joven que le había dicho que había venido ya por la mañana y que era periodista. Se llamaba Raymond Rambert. Pequeño, de hombros macizos, de expresión decidida y ojos claros e inteligentes, Rambert llevaba un traje tipo sport y parecía encontrarse a gusto en la vida. Fue derecho a su objeto. Estaba haciendo un reportaje para un gran periódico de París sobre las condiciones de vida de los árabes y quería datos sobre su estado sanitario. Rieux le dijo que el estado no era bueno. Pero quiso saber, antes de ir más lejos, si el periodista podía decir la verdad.

–Evidentemente –dijo el otro.

–Quiero decir si puede usted manifestar una total reprobación.

–Total, no es preciso decirlo. Pero yo creo que para una reprobación total no habría fundamento.

Con suavidad Rieux le dijo que, en efecto, no habría fundamento para una reprobación semejante, pero que al hacerle esa pregunta sólo había queri-

do saber si el testimonio de Rambert podía o no ser sin reservas.

—Yo no admito más que testimonios sin reservas, así que no sustentaré el suyo con mis informaciones.

—Ése es el lenguaje de Saint-Just —dijo el periodista, sonriendo.

Rieux, sin cambiar de tono, dijo que él no sabía nada de eso, pero que su lenguaje era el de un hombre cansado del mundo en que vivía, y sin embargo inclinado hacia sus semejantes y decidido, por su parte, a rechazar la injusticia y las concesiones. Rambert, hundiendo el cuello entre los hombros, miraba al doctor.

—Creo que lo comprendo —dijo al fin, levantándose.

El doctor lo acompañó hasta la puerta:

—Le agradezco a usted que tome así las cosas.

Rambert pareció impacientarse:

—Sí —dijo—, yo le comprendo, perdone usted esta molestia.

El doctor le estrechó la mano y le dijo que se podría hacer un curioso reportaje sobre la cantidad de ratas muertas que se encontraban en la ciudad en aquel momento.

—¡Ah! —exclamó Rambert—, eso me interesa.

A las cinco, al salir a hacer nuevas visitas, el doctor se cruzó en la escalera con un hombre más bien joven de silueta pesada, de rostro recio y demacrado, atravesado por espesas cejas. Ya lo había encontrado otras veces en casa de los bailarines españoles que vivían en el último piso. Jean Tarrou estaba fumando con parsimonia un cigarrillo mientras contemplaba las últimas convulsiones de una rata que expiraba a sus pies en un escalón. Levantó sobre el doctor la mirada tranquila y un



poco insistente de sus ojos grises, le dijo buenos días y añadió que esta aparición de las ratas era cosa curiosa.

—Sí —dijo Rieux—, pero ya va terminando por ser irritante.

—En cierto sentido, doctor, sólo en cierto sentido. No habíamos visto nunca nada semejante, eso es todo. Pero yo lo encuentro interesante, sí, positivamente interesante.

Tarrou se pasó la mano por el pelo, echándoselo hacia atrás, miró otra vez la rata, ya inmóvil, después sonrió a Rieux.

—Y sobre todo, doctor, esto es asunto del portero.

Justamente el doctor encontró al portero delante de la casa, adosado al muro junto a la entrada, con una expresión de cansancio en su rostro, de ordinario congestionado.

—Sí, ya lo sé —dijo el viejo Michel a Rieux que le señalaba el nuevo hallazgo—. Se las encuentra ahora de dos en dos o de tres en tres. Pero lo mismo pasa en las otras casas.

Parecía abatido y preocupado. Se frotaba el cuello con un gesto maquinal. Rieux le preguntó cómo se sentía. El portero no podía decir realmente que no se sintiese bien. Lo único era que no había entrado en caja. En su opinión era cosa moral. Las ratas le habían sacudido y todo mejoraría cuando desaparecieran.

Pero al día siguiente, 18 de abril, el doctor, que traía a su madre de la estación, encontró a Michel con un aspecto todavía más desencajado: del sótano al tejado, una docena de ratas sembraban la escalera. Los basureros de las casas vecinas estaban llenos. La madre del doctor recibió la noticia sin asombrarse.

–Son cosas que pasan.

Era una mujercita de pelo plateado y ojos negros y dulces.

–Me siento feliz de volver a verte, Bernard –le dijo–; eso las ratas no pueden impedirlo.

Él asintió: verdad es que con ella todo parecía siempre fácil.

Rieux telefoneó al servicio municipal de desratización, a cuyo director conocía. ¿Había oído hablar de aquellas ratas que salían a morir en gran número al aire libre? Mercier, el director, había oído hablar de ellas y en sus mismas oficinas habían encontrado una cincuenta. Se preguntaba, en fin, si la cosa era seria. Rieux no podía juzgar, pero creía que el servicio de desratización debía intervenir.

–Sí –dijo Mercier–, con una orden. Si crees que merece la pena, puedo tratar de obtener una orden.

–Eso siempre merece la pena –dijo Rieux.

Su criada acababa de informarle de que habían recogido varios cientos de ratas muertas en la gran fábrica donde trabajaba su marido.

Fue en ese momento más o menos cuando nuestros conciudadanos empezaron a inquietarse. Pues a partir del 18, las fábricas y los almacenes desbordaban, en efecto, de centenares de cadáveres de ratas. En algunos casos fue necesario ultimar a los animales cuya agonía era demasiado larga. Pero desde los barrios extremos hasta el centro de la ciudad, por todos los sitios que el doctor Rieux acababa de atravesar, en todos los lugares donde se reunían nuestros conciudadanos, las ratas esperaban amontonadas en los basureros o alineadas en el arroyo. La prensa de la tarde se ocupó del asunto des-

de ese día y preguntó si la municipalidad se proponía obrar o no, y qué medidas de urgencia había tomado para librar a su jurisdicción de esta invasión repugnante. La municipalidad no se había propuesto nada ni había tomado ninguna medida, pero empezó por reunirse en consejo para deliberar. La orden fue dada al servicio de desratización de recoger todas las mañanas, al amanecer, las ratas muertas. Una vez terminada la recolección, dos coches del servicio tenían que llevar los bichos al departamento de incineración de la basura, para quemarlos.

Pero en los días que siguieron, la situación se agravó. El número de los roedores recogidos iba creciendo y la recolección era cada mañana más abundante. Al cuarto día, las ratas empezaron a salir para morir en grupos. Desde las cavidades del subsuelo, desde las bodegas, desde las alcantarillas, subían en largas filas titubeantes para venir a tambalearse a la luz, girar sobre sí mismas y morir junto a los seres humanos. Por la noche, en los corredores y callejones se oían distintamente sus grititos de agonía. Por la mañana, en los suburbios, se las encontraba extendidas en el mismo arroyo con una pequeña flor de sangre en el hocico puntiagudo; unas, hinchadas y putrefactas, otras rígidas, con los bigotes todavía enhiestos. En la ciudad misma se las encontraba en pequeños montones en los descansillos o en los patios. Venían también a morir aisladamente en los salones administrativos, en los patios de las escuelas, en las terrazas de los cafés a veces. Nuestros conciudadanos, estupefactos, las descubrían en los lugares más frecuentados de la ciudad. Ensuciaban la plaza de armas, los bulevares, el paseo de Front-de-Mer. Limpiada de

animales muertos al amanecer, la ciudad iba encontrándolos poco a poco cada vez más numerosos durante el día. En las aceras había sucedido a más de un paseante nocturno sentir bajo el pie la masa elástica de un cadáver aún reciente. Se hubiera dicho que la tierra misma donde estaban plantadas nuestras casas se purgaba así de su carga de humores, que dejaba subir a la superficie los forúnculos y linfas que la minaban interiormente. Puede imaginarse la estupefacción de nuestra pequeña ciudad, tan tranquila hasta entonces, y conmocionada en pocos días, como un hombre de buena salud cuya sangre empezase de pronto a revolverse.

Las cosas llegaron tan lejos que la agencia Ransdoc (informes, investigaciones, documentación completa sobre cualquier asunto) anunció, en su emisión radiofónica de informaciones gratuitas, 6.231 ratas recogidas y quemadas en el solo transcurso del día 25. Esta cifra, que daba una idea justa del espectáculo cotidiano que la ciudad tenía ante sus ojos, acrecentó la confusión. Hasta ese momento nadie se había quejado más que como de un accidente un poco repugnante. Ahora ya se daban cuenta de que este fenómeno, cuya amplitud no se podía precisar, cuyo origen no se podía descubrir, empezaba a ser amenazador. Sólo el viejo español asmático seguía frotándose las manos y repitiendo: «Salen, salen», con una alegría senil.

El 28 de abril, Ransdoc anunció una cosecha de cerca de 8.000 ratas y la ansiedad llegó a su colmo. Se pedían medidas radicales, se acusaba a las autoridades, y algunas gentes que tenían casas junto al mar hablaban de retirarse a ellas. Pero, al día siguiente la agencia anunció que el fenómeno había cesado bruscamente y que

el servicio de desratización no había recogido más que una cantidad insignificante de ratas muertas. La ciudad respiró.

Sin embargo, ese día mismo, cuando el doctor Rieux paraba su automóvil delante de la casa, al mediodía, vio venir por el extremo de la calle al portero, que avanzaba penosamente, con la cabeza inclinada, los brazos y las piernas separados del cuerpo, en la actitud de un fantoche. El viejo venía apoyado en el brazo de un cura que el doctor reconoció. Era el padre Paneloux, un jesuita erudito y militante con quien había hablado algunas veces y que era muy estimado en la ciudad, incluso por los indiferentes en materia de religión. Los esperó. El viejo Michel tenía los ojos relucientes y la respiración sibilante. No se sentía bien y había querido tomar un poco de aire, pero vivos dolores en el cuello, en las axilas y en las ingles le habían obligado a pedir ayuda al padre Paneloux.

—Me están saliendo bultos. He debido hacer algún esfuerzo.

El doctor sacó el brazo por la ventanilla y paseó los dedos por la base del cuello que Michel le mostraba: se le estaba formando allí una especie de nudo de madera.

—Acuéstese, tómese la temperatura; vendré a verle por la tarde.

El portero se fue. Rieux preguntó al padre Paneloux qué pensaba él de este asunto de las ratas.

—¡Oh! —dijo el padre—, debe de ser una epidemia —y sus ojos sonrieron detrás de las gafas redondas.

Después del almuerzo, Rieux estaba releendo el telegrama del sanatorio que le anunciaba la llegada de su mujer cuando sonó el teléfono. Era un antiguo clien-

te, empleado del Ayuntamiento, que le llamaba. Había sufrido durante mucho tiempo de estrechez de la aorta y como era pobre, Rieux lo había atendido gratuitamente.

—Sí —decía—, ya sé que se acuerda usted de mí, pero se trata de otro. Venga en seguida, le ha ocurrido algo grave a un vecino mío.

Su voz era anhelante. Rieux pensó en el portero y decidió ir a verlo después. Minutos más tarde llegaba a la puerta de una casa pequeña de la calle Faidherbe, en un barrio extremo. En medio de la escalera fría y maloliente vio a Joseph Grand, el empleado, que salía a su encuentro. Era un hombre de unos cincuenta años, de bigote amarillo, alto y encorvado, hombros estrechos y miembros flacos.

—Ya está mejor —dijo, yendo hacia Rieux—, pero creí que se iba.

Se sonó las narices. En el segundo y último piso, escrito sobre la puerta de la izquierda con tiza roja, Rieux leyó: «Entrad, me he ahorcado».

Entraron. La cuerda colgaba del techo, atada al soporte de la lámpara, y bajo ella había una silla derribada; la mesa estaba apartada a un rincón. Pero la cuerda colgaba en el vacío.

—Le descolgué a tiempo —decía Grand, que parecía siempre rebuscar las palabras aunque hablase el lenguaje más simple—. Salía, justamente, y oí ruido dentro. Cuando vi la inscripción creí que era una broma. Pero lanzó un gemido extraño y hasta siniestro, le aseguro.

Se rascaba la cabeza.

—Yo creo que la operación debe ser dolorosa. Naturalmente, entré.

Empujaron una puerta y se encontraron en una habitación clara, pero pobremente amueblada. Un hombrecito regordete estaba echado sobre una cama de bronce. Respiraba ruidosamente y los miraba con ojos congestionados. El doctor se detuvo. En los intervalos de la respiración le parecía oír grititos de ratas, pero no había nada por los rincones. Rieux se acercó a la cama. El hombre no se había dejado caer de muy alto ni demasiado bruscamente; las vértebras habían resistido. En suma, un poco de asfixia. El doctor le puso una inyección de aceite alcanforado y dijo que mejoraría en pocos días.

—Gracias, doctor —dijo el hombre, con voz entrecortada.

Rieux preguntó a Grand si había dado parte a la comisaría y el empleado dijo, un poco confuso:

—No, ¡oh!, no. Pensé que lo primero era...

—Naturalmente —atajó Rieux—, ya lo haré yo.

Pero en ese momento el enfermo se agitó, incorporándose en la cama y asegurando que estaba bien y que no merecía la pena.

—Cálmese —dijo Rieux—. Conozco el asunto, créame, y es necesario que haga una declaración.

—¡Oh! —dijo el otro.

Y se dejó caer hacia atrás, lloriqueando. Grand, que se atusaba el bigote desde hacía rato, se acercó a él.

—Vamos, señor Cottard —le dijo—, procure usted comprender. Podrían decir que el doctor es responsable. Si por casualidad le da a usted la idea de repetirlo...

Pero Cottard dijo entre lágrimas que no lo repetiría, que había sido sólo un momento de locura y que lo único que quería era que le dejaran en paz. Rieux hizo una receta.

–Entendido –le dijo–. Dejemos eso por ahora. Yo volveré dentro de dos o tres días. Pero no haga usted tonterías.

En el descansillo le dijo a Grand que no tenía más remedio que hacer una declaración, pero que iba a pedir al comisario que no emprendiera la investigación hasta dos días después.

–Tendrían que vigilarlo esta noche. ¿Tiene familia?

–Yo no le conozco ninguna. Pero puedo velarlo yo mismo.

Grand movía la cabeza.

–Tenga usted en cuenta que a él tampoco puedo decir que lo conozca. Pero debemos ayudarnos unos a otros.

En los corredores de la casa, Rieux miró maquinalmente hacia los rincones y preguntó a Grand si las ratas habían desaparecido totalmente de su barrio. El empleado no lo sabía. Se había hablado, en efecto, de esta historia, pero él no prestaba mucha atención a los rumores del barrio.

–Tengo otras preocupaciones –dijo.

Rieux le estrechó la mano. Tenía prisa por ir a ver al portero antes de ponerse a escribir a su mujer.

Los vendedores de periódicos voceaban que la invasión de ratas había sido detenida. Pero Rieux encontró a su enfermo medio colgado de la cama, con una mano en el vientre y otra en el suelo, vomitando con gran desgarramiento una bilis rojiza en un cubo. Después de grandes esfuerzos, ya sin aliento, el portero volvió a echarse. La temperatura llegaba a treinta y nueve con cinco, los ganglios del cuello y de los miembros se habían hinchado, dos manchas negruzcas se extendían en un costado. Se quejaba de un dolor interior.



–Me quema –decía–, este cochino me quema.

La boca pegajosa le obligaba a masticar las palabras y volvía hacia el doctor sus ojos desorbitados, que el dolor de cabeza llenaba de lágrimas. La mujer miraba con ansiedad a Rieux, que permanecía mudo.

–Doctor –decía la mujer–, ¿qué puede ser esto?

–Puede ser cualquier cosa, pero todavía no hay nada seguro. Hasta esta noche, dieta y depurativo. Que beba mucho.

Justamente, el portero estaba devorado por la sed.

Ya en su casa, Rieux telefoneó a su colega Richard, uno de los médicos más importantes de la ciudad.

–No –decía Richard–, yo no he visto todavía nada extraordinario.

–¿Ninguna fiebre con inflamaciones locales?

–¡Ah!, sí, por cierto, dos casos con ganglios muy inflamados.

–¿Anormalmente?

–Bueno –dijo Richard–, lo normal, ya sabe usted...

Por la noche el portero deliraba, con cuarenta grados, quejándose de las ratas. Rieux ensayó un absceso de fijación. Abrasado por la trementina, el portero gritaba: «¡Ah!, ¡cochinos!».

Los ganglios seguían hinchándose, duros y nudosos al tacto. La mujer estaba enloquecida.

–Vélele usted –le dijo el médico– y llámeme si fuese preciso.

Al día siguiente, 30 de abril, una brisa ligera soplaba bajo un cielo azul y húmedo. Traía un olor a flores que llegaba de los arrabales más lejanos. Los ruidos de la mañana en las calles parecían más vivos, más alegres que de ordinario. En toda nuestra ciudad, desemba-

razada de la sorda aprensión en que había vivido durante una semana, ese día era, al fin, el día de la primavera. Rieux mismo, animado por una carta tranquilizadora de su mujer, bajaba a casa del portero con ligereza. Y, en efecto, por la mañana la fiebre había descendido a treinta y ocho grados; el enfermo sonreía en su cama.

—¿Va mejor, no es cierto, doctor? —dijo la mujer.

—Hay que esperar un poco todavía.

Pero al mediodía la fiebre subió de golpe a cuarenta. El enfermo deliraba sin parar y los vómitos recomenzaron. Los ganglios del cuello estaban doloridos y el portero quería tener la cabeza lo más lejos posible del cuerpo. La mujer estaba sentada a los pies de la cama y por encima de la colcha sujetaba con sus manos los pies del enfermo. Miraba a Rieux.

—Escúcheme —le dijo él—, es necesario aislarse y proceder a un tratamiento de excepción. Voy a telefonar al hospital y lo transportaremos en una ambulancia.

Dos horas después, en la ambulancia, el doctor y la mujer se inclinaban sobre el enfermo. De su boca tapiada de fungosidades, se escapaban fragmentos de palabras: «¡Las ratas!», decía. Verdoso, los labios cerúleos, los párpados caídos, el aliento irregular y débil, todo él como claveteado por los ganglios, hecho un rebujón en el fondo de la camilla, como si quisiera que se cerrase sobre él o como si algo le llamase sin tregua desde el fondo de la tierra, el portero se ahogaba bajo una presión invisible. La mujer lloraba.

—¿No hay esperanza, doctor?

—Ha muerto —dijo Rieux.